

## Althusser, revisitado

Por Ingrid Sarchman<sup>1</sup>

Sobre *Althusser, el infinito adiós*, de Emilio de Ípola. Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

Está de moda decir que los libros son aventuras intelectuales que sus autores se animan a atravesar. Y si está de moda es porque lo que se ha impuesto es una noción de libro que intenta alejarse cada vez más de la idea de completitud, de saber acabado y específico. Es por eso que la idea de “moda” viene asociada a una segunda idea, la de la exploración. En ese sentido, la moda no debe necesariamente ligarse a una mirada banal, ni poco comprometida, sino que más bien señala una tendencia, una dirección, tanto en la escritura como en la lectura.

En *Althusser, el infinito adiós*, Emilio de Ípola se embarca en una aventura particular: la de reconstruir el pensamiento althusseriano a partir de un gesto específico que lo hace innovador a medias. El gesto es simple: el autor apuesta a una lectura que saque a Althusser del injusto olvido al que fue sometido por sus detractores y por aquellos que no comprendieron sus apuestas teóricas, la complejidad de su obra.

Lo que se intenta hacer es un rescate de la figura a partir de diferentes escritos, pero especialmente de los inéditos de la última etapa, movimiento que se intercala con la relación que ha tenido el mismo De Ípola con Althusser, primero, y con sus escritos póstumos, después. El resultado es un texto ágil, intuitivo, característica que por momentos lo vuelve un poco desorganizado. Pero en este caso, la falta de orden no se relaciona con la falta de rigor, sino más bien con la idea, como se mencionó un poco más arriba, de embarcarse en un tipo de aventura, y en las aventuras, por definición, la única certeza es el punto de partida; el recorrido puede alterarse sobre la marcha y el final, si es que se llega a alguno, es por lo menos incierto.

Sin embargo, esto no implica que su autor no haya tenido un plan inicial, sino más bien que la misma hipótesis del libro lo induce a este “avance a tientas”. ¿De qué se trata esta hipótesis? En suponer que en Althusser pueden rastrearse dos tipos de lectura: una que él denomina exotérica o manifiesta y otra, esotérica o subterránea, latente. Y en esta afirmación se advierte algo de su propio proyecto de escritura. Si de lo que se trata es de

---

<sup>1</sup> Licenciada en Ciencias de la Comunicación (UBA), docente de Teorías de la Comunicación III y del seminario Informática y Sociedad en la Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

dar cuenta de las fisuras, los surcos que el “Althusser clásico” deja entrever en su escritura, el gesto de recuperación de De Ípola conserva marcas similares. En definitiva, *Althusser, el infinito adiós* no es sino la descripción de un movimiento que no acaba y que en cada apartado actualiza una pregunta insistente: ¿cómo abordar un pensamiento que se excede constantemente? ¿Cómo reponer la complejidad y por eso el interés en un Althusser alejado de las lecturas reduccionistas? A partir de estos interrogantes comienza el recorrido.

Ya en el prólogo se describe el método de investigación, una especie de búsqueda que haga hincapié más en el aspecto filosófico y menos en el político de la obra althusseriana. Esto supone una apuesta y una declaración de principios relevante, porque ubica a Althusser en un lugar novedoso, no necesariamente como referente del Partido Comunista Francés, sino como epistemólogo. Su método aparece investido, entonces, de un carácter nuevo, porque mientras aparenta construir la ciencia del materialismo histórico, se desliza una pregunta por la constitución subjetiva que involucra tanto aspectos del estructuralismo levistraussiano y del post-estructuralismo (Foucault, Derrida) como del psicoanálisis de Lacan. Y este deslizamiento implica que realizar el análisis a partir de intersticios. Estos huecos se clasifican en cuatro capítulos. El primero lleva un título que anticipa la doble lectura: “El pasado, ese país extraño” sugiere comenzar a transitar ese alejamiento del pensamiento en el que tradicionalmente se ha ubicado a Althusser. Aquí el autor indica que las “huellas del Althusser subterráneo” ya se evidencian en el primer libro *Montesquieu, la política y la historia*. Ahora bien, ¿de qué se trata ese proyecto declarado y qué es lo que efectivamente se va intuyendo desde “los bordes”? Dice De Ípola: “Ese proyecto había comenzado a tomar forma a fines de la década del 50 y se afirmó en la de 1960. Se presentaba de manera explícita, como una estrategia que apuntaba a una transformación de izquierda de la línea del Partido Comunista Francés, a través de un trabajo teórico de restauración y de desarrollo del pensamiento de Marx”. Desde esta declaración de principios comienza a vislumbrarse lo que el sociólogo llama “enunciados fuera de lugar”, afirmaciones que van en contra de la posibilidad de instaurar un proyecto real de transformación social, una especie de sospecha de que el marxismo no logrará superar las contradicciones históricamente denunciadas porque son ellas las que hacen a la lógica social. En ese sentido, creer en la superación apuntaría a una utopía más que a una descripción del desarrollo histórico de las fuerzas productivas.

Un buen ejemplo de este tipo de “sospecha” puede verse en las principales hipótesis del artículo “Contradicción y sobredeterminación”<sup>2</sup>, donde Althusser se opone al reduccionismo de la estructura, a la relación punto a punto de base y superestructura, proponiendo no sólo la autonomía relativa de esta última (asumiendo efectos imprevisibles en el desarrollo histórico) sino entendiendo que este carácter contradictorio y sobredeterminado es constitutivo de lo social. Dicho de otro modo, no son las contradicciones las que impiden que la “historia avance”, sino que más bien ellas determinan su movimiento. De esta manera, con estas sutiles (aunque no tanto) alusiones a la idea de imposibilidad de constituir un sentido pleno de lo social, se adelanta un par de décadas al post-marxismo, movimiento donde se ubicaron algunos de sus discípulos como Rancière, Badiou, Balibar, entre otros. Y esta idea fue el resultado de una lectura que fue clave para Althusser: la de Lévi-Strauss.

Tal como lo señala De Ípola, a comienzos de la década del 60 Lévi-Strauss polemizaba con Sartre oponiendo una filosofía de la conciencia a la primacía de las estructuras inconscientes y su carácter determinante. Del descentramiento de la estructura levisstraussiana, el pensador francés toma las herramientas que le permitirán avanzar en su propia teoría histórica y política del acontecimiento. Del psicoanálisis, avanza con la noción de descentramiento constitutivo del inconsciente, desecha la constitución cerrada y determinada de la estructura e introduce la idea de contingencia histórica. Todo esto, según el propio De Ípola, de manera subterránea, como estrategia para esquivar cualquier debate manifiesto con su propio partido. En definitiva, el país extraño es ese territorio en el cual Althusser no puede seguir habitando del todo, pero al que, sin embargo, en esta primera etapa, tampoco puede abandonar. Es discutible, y fruto de debates posteriores<sup>3</sup>, si ese proyecto pudo finalmente concretarse.

---

<sup>2</sup> Althusser, L. “Contradicción y sobredeterminación”, en *La revolución teórica en Marx*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1967.

<sup>3</sup> Uno de los debates más complejos que dejó el pensamiento althusseriano es la definición de sujeto. De Ípola, en las últimas páginas del libro, menciona a Badiou como aquel que advierte la carencia de una teoría del sujeto (en tanto un lugar abierto a “lo posible”) reduciendo esta categoría a la “rigidez” de la estructura. Desde una perspectiva más relacionada con el psicoanálisis lacaniano, Zizek retoma la noción althusseriana de interpelación para señalar cómo el proceso de sujeción subjetiva no alcanza para dar cuenta de las razones de la respuesta a la llamada de la ideología (Zizek, S. “Che Vouí?”, en *El Sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2003). Sin embargo, si bien ambas críticas apuntan a la idea de un sujeto predeterminado, coinciden en advertir que “hay algo más”. En definitiva, estas lecturas sugieren que en Althusser aparece la pregunta del sujeto pero no termina de contestarse. Las razones no siempre están claras, pero pueden adivinarse a partir de la hipótesis de De Ípola; toda la obra althusseriana se debate entre la adscripción al pensamiento marxista “ortodoxo” y la intuición de una teoría de lo social que escape a las determinaciones históricas.

Esta pregunta reaparece en “El Althusser ‘clásico’ y sus lapsus”. Queda claro que estos actos fallidos a los que hace alusión De Ípola no son más que manifestaciones de este pensamiento subterráneo que insiste en manifestarse. En ese sentido, si el lapsus aparece como un desorden frente al supuesto orden preestablecido, como una excepción, el punto central de este capítulo es cómo se hace visible y qué implicancias tiene para el análisis social. Es el mismo Althusser el que se pregunta en *Pour Marx*: “¿No estamos siempre en la excepción? (...) Excepciones, pero ¿en relación a qué?”. La hipótesis del desfase constitutivo de la estructura surge de nuevo para alumbrar las ideas iniciales de *Althusser, el infinito...* Porque la idea de imposibilidad de sutura social funciona a condición que no revele sus costuras. En otras palabras, la excepción que pone en evidencia el funcionamiento de la regla crea la ilusión de que existe la completitud y toma a la contingencia como lapsus. El acercamiento del psicoanálisis lacaniano, especialmente con sus registros de lo imaginario y simbólico, se hace evidente toda vez que las representaciones del mundo “real” no hacen más que advertir sobre la imposibilidad de un sentido social absoluto y pleno. Siguiendo la hipótesis de De Ípola, sólo es posible dar cuenta de la lógica social por un camino subterráneo que no sólo da lugar a la preeminencia del azar, sino que además resquebraja la integridad de la estructura desde los cimientos. Las consecuencias de este razonamiento implican poner en cuestión la noción de sujeto –en tanto sujetado en forma predeterminada de una única manera a las estructuras ideológicas– y ubicar en primer plano la idea de sobredeterminación<sup>4</sup>. Al definirla como el exceso de sentido, producto de las complejas contradicciones sociales, va haciendo más evidente su idea de azar, y en última instancia, comienza a sugerirse la idea de un “materialismo del acontecimiento”.

---

<sup>4</sup> Freud señala en “La interpretación de los sueños” que cada sueño debe ser interpretado como un jeroglífico, donde cada parte (imágenes, palabras, etc.) se encadena al siguiente de una manera original. En ese sentido, el analista interpreta apenas un tipo de encadenamiento de significante que por su carácter metonímico desborda de sentido. La sobredeterminación se define, entonces, como un exceso de sentido. Althusser toma esta idea para dar cuenta del exceso de sentido que se manifiesta en cada instancia histórica. En el artículo ya mencionado “Contradicción y sobredeterminación” desarrolla en extenso los modos en los cuales la historia siempre ha avanzado por el lado menos previsible, es decir, el cambio social siempre es el resultado de la acumulación de contradicciones que pone de manifiesto un desborde. Esto supone que no solo no es posible pensar el cambio histórico (y hasta sus revoluciones, resistencias, etc.) como el resultado más o menos estable de un movimiento dialéctico simple (lo que supondría la contradicción de la base-superestructura), sino que en cada acumulación se produce un plus imposible de aprehender en su totalidad, un lugar que escapa al sentido. Althusser señala que “los diversos elementos de la superestructura actúan y reaccionan los unos sobre los otros, producen una *infinitud* de efectos. Esos efectos son asimilables a una infinitud de azares (...) a través de las cuales “*el movimiento*” económico se abre paso.” La sobredeterminación, entonces, es el nombre que se le da a la imposibilidad de que todo pueda ser anticipado.

En “Las celadas de la ideología”, De Ípola retoma la relación sujeto-ideología, tema que Althusser nunca dejó de lado. Y el texto clave para dar cuenta de esto es *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*<sup>5</sup>. Según algunos críticos, este trabajo significó el alejamiento del concepto de sobredeterminación y de contradicción constitutiva, transformando la noción de ideología en algo supuestamente “cerrado” y funcional al eficaz desarrollo de la sociedad burguesa. Esta lectura estuvo marcada por un concepto clave, el de interpelación. En palabras de De Ípola, “el mecanismo invariable de la ideología (...) produce, como efecto específico, el hacer vivir a los individuos su relación con sus condiciones de existencia de modo tal que aquellos se constituyen imaginariamente, en el principio autónomo de determinación de esa relación”. Esta relación imaginaria oculta el sometimiento de los sujetos a las condiciones materiales, haciendo pasar por natural aquello que es contingente. Una frase resuena a lo largo del trabajo de Althusser: “Marchan solos”, señalando esta sujeción voluntaria a las estructuras sociales.

El problema de este planteo, señala De Ípola, es que se contradice en parte con el proyecto manifiesto de Althusser. Porque si la interpelación no es otra cosa que el modo en el cual el sujeto se constituye, no hay manera de pensarse por fuera de ella. Si hay sujeto por y para la ideología, esta categoría preexiste a su existencia material. La contradicción aparece en un concepto clave para el marxismo clásico: la lucha de clases. ¿Cómo se inscribe este movimiento en una noción que se vuelve cada vez más constituyente que constituida? De Ípola señala que las opciones althusserianas se debaten entre pensar a la ideología como un “concepto a disipar” –posición más ligada con su proyecto manifiesto- o como un elemento “ineliminable actuante y operante de toda formación social”, al fin y al cabo producto de este pensamiento que puja por salir de su morada subterránea. La trampa es entonces ese espacio que se funda entre ambas opciones y que, a los ojos de las lecturas posteriores, se transformó en un pozo al que Althusser no se preocupó del todo por taponar.

No es casual que el último capítulo lleve por título: “La hora solitaria”. ¿Soledad con respecto a qué? La hipótesis de aislamiento aparece en De Ípola desde el comienzo del libro; sin embargo, en este caso, la soledad no debe leerse como equivalente a relegamiento. ¿Qué es el aislamiento sino un proyecto político? La pregunta no hace más que volver a Maquiavelo; la frase “hay que estar solo para fundar el Estado”

---

<sup>5</sup> Althusser, L. *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1970.

adquiere en Althusser la importancia de la revelación. La soledad teórica que él mismo le había reconocido a Freud en su artículo “Freud y Lacan”<sup>6</sup> se hace carne en su “retorno” a Marx, emulando, al mismo tiempo, el gesto lacaniano con el propio Freud. Tal vez sea en este apartado donde queda más claro de qué se trató realmente el proyecto esotérico. Después de todo, el regreso a Marx es el regreso al concepto de historia como “un materialismo del encuentro”. Encuentro entre el hecho consumado y la multiplicidad de acontecimientos que han producido “esto y no lo otro”. El mismo De Ípola señala que el acento no está puesto tanto en el análisis de las relaciones existentes, sino más bien en “el carácter aleatorio” del encuentro. Frente a esto, queda claro por qué su pensamiento permaneció por debajo de la superficie: una teoría histórico-contingente no podría ser digerida fácilmente por los miembros de su “propia clase”.

Por último queda señalar que esta lógica trae aparejada una nueva problemática, la del sujeto político. La subjetividad, desde esta posición, no haría más que hacer manifiesto el lugar de lo posible. Si bien Althusser, según Badiou, no avanzó mucho más en esa dirección, dejó abierto el camino hacia una teoría sociológica de la acción colectiva.

En definitiva, la hora solitaria no es más que el momento en el cual el pensamiento althusseriano da cuenta de sus propios vacíos, de sus signos de pregunta y de sus caminos indeterminados. Y sin embargo, contrariamente a lo que podría pensarse, es el momento en el cual su lectura resulta más estimulante y productiva. Las incógnitas estimulan a moverse, y es en este punto que la de De Ípola se vuelve una aventura de pleno derecho. Al fin y al cabo, si el libro tenía como objetivo volver a revisar los textos del pensador francés para encontrar las pistas de aquello que no está en la superficie, eso a todas luces se cumple. El libro explicita las coordenadas; dependerá del lector saber interpretar el mapa.

---

<sup>6</sup> Althusser, L. “Freud y Lacan”, en *Posiciones*. Buenos Aires, Grijalbo, 1977.